

Enrique González Rojo: mi Función Poética Consiste en Deletrear el Infinito

POR Oscar Wong

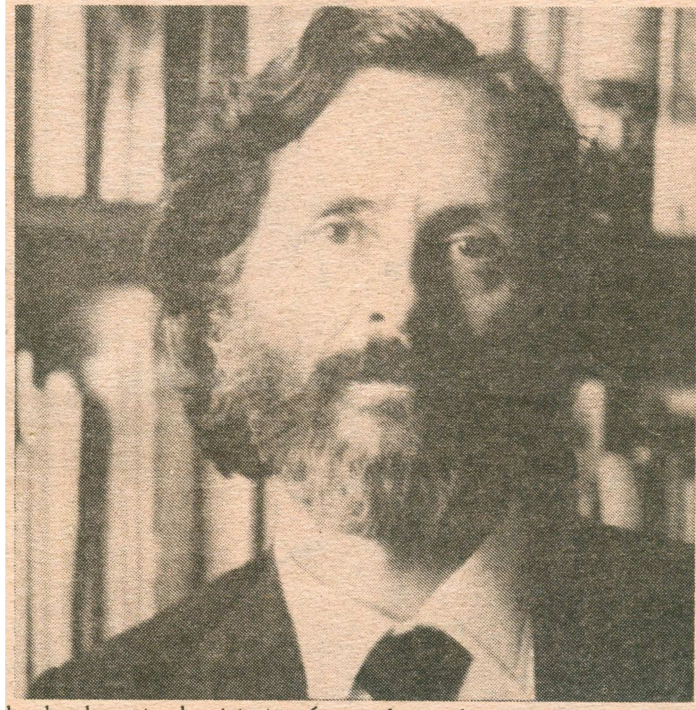
"Hay palabras sumisas y medrosas, apacibles y apoltronadas en su conformismo. Verbos hincados de rodillas. Adjetivos de cerviz doblegada. Oraciones que nunca han ido a gritar al Zócalo hasta sentir todas sus letras enloquecidas. Son los vocablos de las mafias, las academias, los intereses creados. Las gramáticas de buenas costumbres, sensatas y tranquilas, sin rugidos ni estridencias".

Con esta declaración de principios, Enrique González Rojo, hijo de aquel poeta de igual nombre que perteneciera al grupo de Los Contemporáneos, dio la pauta para pontificar sobre "Una gramática iracunda", una antología publicada por Diógenes en 1984. Premio Villaurrutia en 1976, por su libro "El quíntuple balar de mis sentidos" (Mortiz). González Rojo culmina en este año un proyecto literario interesante: la edición definitiva de su primer libro de poemas titulado *Para deletrear el infinito*.

Es mi poesía completa —explica de entrada— que editará Katún en tres volúmenes. Este es el primero y se titula *Para deletrear el infinito* (1981-1985), formado por cuatro libros; dos inéditos, muy recientes, y los publicados por Papeles Privados y Oasis. Para deletrear el infinito responde a un viejo proyecto poético con el cual se inicia mi producción lírica.

Sobre esta producción, iniciada "oficialmente" en 1972, con la edición en Cuadernos Americanos del primer *Para deletrear el infinito*, que le dio la pauta para estructurar el proyecto que

ahora llega a su culminación, González Rojo advierte que divide su trabajo literario en dos etapas:



"Mis-primeros escritos son balbuceos. No me identifico con ellos. Es como cuando el niño que empieza a escribir: no solo es una letra torpe, sino que no es su letra. Con mi poesía ocurrió lo mismo: antes de mi primer libro nada sucede; no son poemas auténticos, pues no estoy íntegramente ahí, no reflejo mi carácter. A eso le llamo mi prehistoria poética", manifiesta.

En cambio la historia de mi poesía —precisa, mesándose la barba— que ya empieza a encarnecer— empieza con la edición en 1972 de mi primer libro, titulado precisamente *Para deletrear...* que es muy multifacético. No sólo es filosófico, sino que también es social, pues muestra al hombre frente a la naturaleza, frente a sí mismo.

También sostiene que es un poema ambicioso, desde el punto de vista temático; un poema de nunca acabar. Con una sonrisa enorme, como su simpatía y donde gente, característico en él, González Rojo comenta que luego de las 18 notas calurosas de las 20 que recibió su poemario advirtió que se quedó sin tema.

"Cuando lo terminé me quedé sin tema. Sentí la orfandad, pues ahí traté todo: mis temores, mis problemas, mis hijos, mi muerte, mis problemas sociales. Entonces tenía una posición política con la que actualmente estoy distanciado", expresa.

Una y otra vez elude hablar de esta postura política-ideológica para continuar charlando sobre su desarrollo poético. "Me quedé huérfano de tema —insiste—, de ahí que haya intentado otros géneros (novela, cuento, teatro), pero no me sentí en mi mundo, como si estuviera en la prehistoria del género", apunta.

Reflexioné: (¿por qué no reescribir el libro? Se me ocurrió convertir los 15 cantos del libro en 15 libros de diferente tamaño y carácter. En el fondo se trataba de volver a los mismos temas, pero de diferente manera, no porque me lo propusiera de manera deliberada, sino que uno va cambiando (en sus concepciones, en su naturaleza misma, etcétera).

En su segundo libro, *El antiguo relato del principio*, dice González Rojo, anunció esta reescritura; el título de este volumen era el del primer canto del libro primigenio *Para deletrear el infinito*. La escritura sin fin del autor se explica de la siguiente manera: *El antiguo relato del principio*, agrupa cuatro cantos, que se han convertido en libro, lo cual quiere decir —según su empeinado autor— que son cuatro libros. Después publiqué *El quíntuple balar de mis sentidos*, que es un canto, realizado en un libro amplio. Y así he seguido".

Ahora, indica que inicia una publicación de su historia poética en tres volúmenes. El primero de ellos -todos tienen el mismo título, precisado por el periodo de escritura, que se agrega entre paréntesis- es el tercero, que incluye lo más actual de su producción (1981-1985); después el primero, de 1962-1972 y por último el correspondiente lapso que va de 1972-1981.

"El orden —puntualiza— es: primero se publica el tercero, después el primero y luego el segundo. El esquema temático es el mismo, aunque ya he cambiado mi concepción poética, mi sensibilidad literaria, mis ideas políticas y sociales. Y más que nada he ido acumulando experiencia".

Cuando le recuerdo su incursión en el movimiento llamado poeticista. González Rojo se apresura a declarar: "El poeticismo estaría en mi prehistoria literaria. Yo generé los textos teóricos, que no se publicaron nunca. Marco Antonio Montes de Oca, Eduardo Lizalde y ahora Arturo González Cosío ya hablaron de eso. Es cierto, ha habido cambios en mi concepción poética. En primer lugar creo que era muy rígida, muy esquemática y quizá muy conceptista, o neoconceptista", señala sonriente.

En algunos momentos, no tanto como pensaron algunos críticos -continúa explicando al calor de la conversación—, caí en cierto didactismo, que ahora me molesta. A mí que me gusta tanto la música, en el verso que manejaba prescindía de ella: no era muy musical. no le hacía concesiones a la musicalidad; era muy ceñido, en su libertad métrica. En esto he modificado mi modo de ver las cosas. Me he ido a una expresión más sencilla, menos complicada; ignoro si me equivoqué, pero la siento más eficaz al sacrificar las imágenes, los tropos.

"Tengo un poema. 'Gulliver en el país de las metáforas' — prosigue—, que es bastante simbólico al respecto; todas las metáforas que se utilizan están tomadas de mis libros anteriores. Hay un momento en que éstas, dulces y suaves, se convierten en enemigas y comienzan a dar de zarpazos al poeta.

Aquí esté marcada mi actitud frente al barroquismo metamórfico. Mi opinión es que las imágenes son medios, no un fin (si había un problema en el poeticismo era lo contrario: verlas como fin y no como medio). En este cambio de sensibilidad literaria, poco a poco me he ido desenajando de ese residuo poeticista, de ver a las metáforas como fines en sí mismas".

En la vieja polémica del fondo y del contenido, pienso que hay una unidad indisoluble entre ambos elementos, porque si bien lo definitorio de lo poético es la forma, el contenido —cuando es informado— es parte insoslayable de la creación poética, lo cual significa que estoy en contra de la poesía que quiere reivindicarse con sus buenos sentimientos, con esa filantropía social. Si ésta no esté procesada en una conformación estética, se manifiesta como una frustración, como ejemplos que no llegan a la manifestación estética real".

Y luego, clarifica: "Yo creo que el arte en general y la poesía en particular, llevan consigo una carga explosiva, que se manifiesta como crítica. Y la forma más corrosiva de ejercer la crítica es el humor, pero un humor implacable, dirigido al sistema que nos envuelve y a la sociedad y a mí mismo (también me burlo de mí mismo)".

El tema del humor —abunda—, nos hace pasar de los aspectos fundamentalmente literarios a los de la concepción política-filosófica en la que también he cambiado mucho. Yo siempre he

sido un hombre de izquierda; siempre he meditado, he creído que la actividad humana no se puede constreñir a los demás. Hay quien piensa que basta ser escritor, pero yo creo que hay que intervenir en la lucha social.

"He estado inscrito en el marxismo —indica—; en 1972, en mi primer libro, mi marxismo era muy adocenado, dogmático en cierto modo. Ahora sigo siendo marxista, pero el marxismo se me ha abierto para dialogar con otras aportaciones científicas... y no sólo científicas".

Sobre esta variación ideológica, que repercutió en su vida literaria, manifiesta: "Cuando escribí mi primer libro yo constreñía la crítica y la militancia contra el capital y el imperio. Y silenciaba o justificaba las deformaciones que existían en los llamados países socialistas".

En la actualidad —afirma—, creo que el verdadero marxismo, que es un marxismo abierto, tiene que enderezar su crítica contra Este y Oeste, contra el capitalismo y los regímenes burocráticos...; esta crítica de los países socialistas no la concibo a la manera de Octavio Paz, que es una crítica de derecha, sino desde la izquierda para avanzar en esta misma posición, no para justificar al capitalismo. Esta concepción política-social y sus múltiples ramificaciones, influye en mí quehacer poético", concluye.

"EL Nacional", Domingo 9 de septiembre de 1985.